

MARCO CONCEPTUAL Y TEÓRICO

Cultura Política y Democracia

“Durante años se ha discutido en la teoría política si lo importante para tener una democracia fuerte es una cultura política, o más bien si se necesitan instituciones consolidadas”. Este es un cuestionamiento que hace Alberto Aziz Nassif (2006), titular del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), en un artículo publicado en el periódico “El Universal”. Esta es una primera interrogante a la que nos enfrentamos al realizar cualquier estudio sobre cultura política. Más que su papel teórico, en un sistema democrático ¿cuál es el papel real que juega la cultura política de los ciudadanos? En una sociedad en la que históricamente las instituciones se corrompen ¿la cultura política será la única posibilidad que tenemos los ciudadanos para pasar de una democracia ficticia a una realmente práctica, por lo que aumenta su trascendencia?

Francisco Valdés Ugalde, del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, considera que “el ciudadano es el epicentro del sistema democrático” y critica diciendo que “este axioma no se ha hecho del todo realidad porque todos los que votamos somos ciudadanos, pero no todos hemos cobrado la necesaria conciencia de las responsabilidades que implica y de las consecuencias que conlleva” (2006). En este sentido, podemos concluir que, así como la creación de instituciones sólidas le compete principal, pero no totalmente, al gobierno, el desarrollo de la cultura política es, principalmente, un derecho y, sobre todo, una

obligación de los ciudadanos. Ugalde explica que “la democracia en México ha sido tan escasa que, estrictamente hablando, abarca no más de 12 años desde el nacimiento de México como nación independiente. El camino hacia el fortalecimiento y consolidación de la democracia apenas se ha empezado a recorrer” (2006). Esta reflexión es importante porque nos permite estar conscientes de que aún falta mucho por aprender, por lo que declaraciones que cuestionan a esta forma de gobierno son totalmente válidas, pero hay que recordar que, como cualquier otro invento del hombre, la democracia como tal no es buena ni mala, más bien habrá sociedades que estén más adecuadas a este sistema que otras. La democracia no es una solución por sí misma, incluso produce más preguntas que respuestas. Es más bien una forma de identificar que es de lo que más adolecemos como sociedad y en que debemos trabajar en forma conjunta gobierno, instituciones y ciudadanía para lograr mejorarla.

La importancia de la cultura política en México, y por lo tanto de su estudio, se basa en lo que establece el artículo 40 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, “es voluntad del pueblo mexicano constituirse en una república representativa, democrática, federal...”. Pero ¿qué es la democracia actualmente y, aún más importante, cuál es la democracia que corresponde a la voluntad del pueblo mexicano?

El lingüista estadounidense Noam Chomsky define a la democracia como un sistema que “ofrece posibilidades de que la generalidad de la población juegue un papel significativo en la administración de los asuntos públicos” (1996). Según esta definición, la democracia no se puede limitar sólo a la acción de emitir un voto por uno u otro candidato. Antaki (2000) explica que la democracia se debe explicar

de otra manera. Considera que es absurdo pensar que solamente votarán por un candidato los ciudadanos que comparten con él sus ideales políticos. Esto quiere decir que al emitir un voto por cierto candidato no implica necesariamente que el ciudadano esté de acuerdo con todas sus propuestas. Como veremos más adelante, el voto puede no representar la voluntad de la ciudadanía, sino la preferencia por uno u otro candidato entre un grupo de opciones limitadas. Por lo tanto, a partir de este momento, consideramos que la democracia y las elecciones están muy lejos de ser lo mismo. En el mejor de los casos, las elecciones serán el examen final, la evaluación que permitirá ver que tanto hemos avanzado o retrocedido democráticamente hablando. La calidad de las campañas políticas, el contenido de las propuestas de los candidatos, la participación electoral (que nunca debe confundirse o igualarse con el concepto “participación ciudadana”, la cual, como veremos más adelante, es más amplia y profunda), las razones de voto, el resultado de las elecciones y las muy tristemente reprobadas reacciones post electorales (que no son más que un nuevo punto de partida de otro ciclo electoral) son, en conjunto, más que causantes, resultado de la situación democrática del país, por lo que estudiar el sistema electoral permitirá identificar de que adolece la democracia en México. Sin embargo, intentar mejorar la democracia a partir del mejoramiento del sistema electoral, probablemente será tan infructuoso como tratar de evitar que un barco se hunda sacando por la borda el agua que entra por el casco.

Una de las primeras conclusiones que podemos encontrar en los ciclos electorales en México (y generalmente en el mundo) es que están muy lejos de ser un fenómeno predecible, ya que son tan dinámicos como la sociedad misma.

Antaki explica que el electorado es un ente dinámico; es decir, el ciudadano que votó en una elección por la izquierda, en la siguiente elección puede votar por la derecha, o por la continuidad, o simplemente abstenerse de votar. La dinámica que impulsa o inhibe al ciudadano a participar e interesarse en la política de su país es, en gran medida, el factor que determina la cultura política de su población. Con esta investigación buscamos un modelo con el cual se pueda medir esta dinámica, y así diseñar estrategias que ayuden a dirigirla de la manera más cívicamente responsable. Primero realizaremos una revisión histórica sobre algunos conceptos importantes, principalmente sobre la cultura política, democracia y la casi conyugal relación entre éstas. A continuación haremos una revisión sobre los más importantes estudios que se han realizado en la materia, seguido de los aplicados en Latinoamérica y, aunque escasos, en México. A partir de estos estudios revisados desarrollaremos una metodología que permita crear un modelo cuyas herramientas midan la cultura política de los ciudadanos, a partir de dos variables: su interés y su participación en la política. Desarrollaremos una herramienta, la cual aplicaremos en un estudio piloto, tanto cuantitativo como cualitativo y, finalmente, expondremos nuestros resultados y conclusiones.

¿Qué es Cultura Política?

Para definir este concepto, recurriremos a la revisión que realizó el Dr. Oscar Fernández González, consultor externo del CAPEL (Centro de Asesoría y Promoción Electoral para la América Latina) del Instituto Interamericano de Derechos Humanos, en su artículo titulado “Cultura Política” publicado en el

Diccionario Electoral (2000). González explica que el concepto “Cultura Política”¹, en su origen, remite más a lo que es la Cultura Cívica. Fernández González dice que no considerar esta ambigüedad implicaría caer en un “reduccionismo conceptual en la medida en que la cultura cívica es representada como la forma privilegiada y suprema de la cultura política”. Dicho de otra manera, la cultura política ideal para un sistema político democrático es la cultura cívica.

Según esta ambigüedad, la Cultura Política, confundida con el concepto Cultura Cívica (que es realmente una forma específica de Cultura Política), condiciona o facilita el desarrollo y funcionamiento de los sistemas democráticos. A partir de esta definición, y tomando una postura menos etnocentrista, podemos definir a la cultura política como “un instrumento que sirve para analizar o investigar la diversidad de las matrices culturales que permiten orientar la actividad política en una sociedad en un momento dado. Es decir, así como podemos hablar de una cultura política en un sistema democrático, también, en otro contexto, podemos hablar de una cultura política autoritaria, cuando predominan ciertas actitudes culturales que más bien favorecen la instalación o el mantenimiento de regímenes políticos autocráticos” (2000).

Basándose en el libro “The Civic Culture”² de Gabriel Almond y Sydney Verba, González explica la aparente contradicción que debe existir en la relación gobierno

¹ El concepto fue utilizado por primera vez en las ciencias sociales por Almond y Verba en 1963 en su obra “The Civic Culture”; publicada por la Universidad de Princeton.

² Esta obra, realizada por Almond y Verba en 1963, fue resultado de la investigación, en que los autores realizaron un estudio comparativo del funcionamiento de la cultura política predominante en ese momento en cinco distintas sociedades (Alemania, Gran Bretaña, Estados

– ciudadanía en un régimen democrático estable. El concepto de “disparidades balanceadas”, desarrollado por el politólogo Harry Eckstein en su obra “A Theory of Stable Democracy” (Princeton, 1961), fue retomado para su obra por Almond y Verba para proponer que “los regímenes democráticos estables se fundan en una especie de cultura política mixta que se alimentaba y se alimenta de aparentes contradicciones” (González, 2000). Entonces encontramos que, por un lado, “un gobierno democrático debe gobernar, debe mostrar poder, liderazgo y tomar decisiones”, pero por otro, “debe ser responsable hacia sus ciudadanos” (González, 2000), es decir, las élites gubernamentales deben responder a los deseos y a las demandas de la ciudadanía. “La necesidad de mantener este balance entre poder gubernamental y la capacidad de respuesta del gobierno, así como la necesidad de mantener otros balances que derivan del balance del poder y de la capacidad de respuesta (balances entre consenso y diferencias, entre afectividad y neutralidad afectiva) explican la manera mediante la cual los patrones mixtos de actitudes políticas asociados con la cultura cívica resultan apropiados para un sistema democrático” (González, 2000).

Unidos, Italia y México) con el fin de relacionar esas especificidades culturales y el desarrollo democrático alcanzado en cada una de ellas.

¿Qué sabemos sobre la Cultura Política?

En “The Civic Culture”, Almond y Verba establecieron una tradición metodológica³, la cual retomó Ronald Inglehart, de la Universidad de Michigan. Inglehart realiza y publica “un estudio comparativo más amplio con el fin de cuantificar las diferencias actitudinales predominantes que estarían en la base de las diversas culturas políticas de las sociedades industrializadas” (González, 2000). Inglehart pretendía probar que “los pueblos de determinadas sociedades tienden a ser caracterizados de acuerdo con atributos culturales relativamente durables que tienen algunas veces consecuencias políticas y económicas importantes”. Mediante el análisis y la caracterización de las culturas políticas predominantes en determinadas sociedades industrializadas, se trataba de determinar la influencia que esas culturas podían tener no sólo en el grado de viabilidad democrática de sus instituciones, sino también en el logro de un claro desarrollo económico⁴. Para sus fines, en su obra “Culture Shift in Advanced Industrial Society” Inglehart define cultura como “un sistema de actitudes, valores y conocimientos, ampliamente compartidos en una sociedad y transmitidos de

³ David Laitin declara sobre “The Civic Culture” que “representó el primer intento sistemático de explicar las consecuencias democráticas haciendo uso de variables culturales. Metodológicamente, “The Civic Culture” experimentó por vez primera con el análisis comparativo de encuestas” (1995).

⁴ Inglehart reconoce en su obra que quien primero formuló de manera sistemática la posible influencia de factores culturales en el proceso de gestación y desarrollo del capitalismo fue Max Weber. “Su célebre tesis sobre la importancia de la ética calvinista que habría facilitado el proceso de acumulación requerido en la dinámica capitalista así lo pone de manifiesto” (González, 2000).

generación en generación” (1990, p. 18) y agrega que al ser la cultura política “sistemática, explícita y constituida por valores, actitudes y conocimientos, estos puede ser aprendidos mediante encuestas o entrevistas”. Para Inglehart la cultura cívica es “un síndrome coherente de satisfacción personal, de satisfacción política, de confianza interpersonal y de apoyo al orden social existente. Las sociedades que alcanzan una posición alta en relación con ese síndrome, tienen una mayor posibilidad de aparecer como democracias estables, que aquellas otras que tienen posiciones bajas” (1988, p.1203).

González (2000) contrapone esta visión con la de Richard Merelman de la Universidad de Wisconsin quien, en su obra “The Mundane Experience of Political Culture”, publicada en 1998, se opone a la visión de Inglehart proponiendo una concepción mundana de la cultura política “tal y como esta aparece en la vida cotidiana, de manera asistemática e implícita, en las conversaciones e intercambios que expresan la manera peculiar como los individuos construyen, usan e interpretan las ideas, los términos y los símbolos que pueden resultar centrales en el quehacer político” y considera la estabilidad como “un equilibrio logrado entre los valores, las acciones y las instituciones en el seno de una sociedad en un momento dado” (2000).

Estas dos visiones las consideraremos constantemente en nuestro trabajo, ya que, según Inglehart, el ciudadano está conciente de su cultura política, por lo que se puede medir a partir de las investigaciones cualitativa y cuantitativa. Por otra parte, Merelman considera que el ciudadano común y corriente no está conciente de su cultura política y, por lo tanto, le da un uso particular según él lo considere. Para esta investigación, nosotros partiremos del supuesto de que ambas

concepciones son válidas. Por un lado, siguiendo a Inglehart, el ciudadano cuenta con una cultura política conciente, y la externa cuando dice su opinión o participa en el quehacer político. Por otro lado, como explica Merelman, también cuenta con una cultura política inconsciente, la cual motiva, desmotiva y dirige a la cultura política conciente⁵.

El objetivo de los estudios de Merelman e Inglehart consistía en saber de que manera la cultura política influye en la estabilidad política. Jackman y Miller (1996) criticaron la investigación de Inglehart argumentando que las asociaciones de datos presentadas en su obra “Culture Shift in Advanced Industrial Society” relacionaban más bien la cultura y la estabilidad política y no a la cultura con el funcionamiento propiamente de la democracia⁶. Por otra parte, Merelman considera que la relación existente entre cultura política y estabilidad política consiste en que, paradójicamente, mientras más pasiva sea la primera, más favorece a mantener la segunda. Esta pasividad y desinterés de los ciudadanos

⁵ Como explica la psicología con el *mecanismo de condensación* que Freud describió como característico del proceso primario, mostrado en los sueños y en los síntomas, así como en el lenguaje psicótico, vemos que cuando la percepción se da de una manera conciente, tiene una naturaleza selectiva, por la cual cuando se percibe conscientemente un estímulo, como una palabra, sólo se activa uno de sus significados posibles, por lo que, como explica Inglehart, es medible. Esto se debe a que la conciencia tiene una capacidad limitada por su modo selectivo y lineal de operar. Sin embargo, si la percepción se produce inconscientemente, al generarse por debajo del umbral necesario, son activados todos los significados posibles, lo que deriva en el carácter multivalente y a menudo contradictorio de las ideas y símbolos (Castilla del Pino, 1980).

⁶ Inglehart, R. (1988) “The Renaissance of Political Culture”, *American Political Science Review*, V. 82, No. 4, diciembre 1988.

provoca una “estabilidad política basada no en el consentimiento de principio sino más bien en la ambivalencia desactivadora” (1998, p.530). Es decir, la apatía de cierto sector de la ciudadanía se contrapone al fanatismo de otros, lo que crea un equilibrio, un balance entre disparidades. Merelman (1998, p.530) explica que este fenómeno se debe principalmente a:

- el carácter multivalente y a menudo contradictorio de las ideas y símbolos de la cultura política mundana,
- en su desconexión de la acción política vigorosa y
- al vacío de las instituciones sociales y políticas.

La cultura política mundana no lleva a los ciudadanos a apoyar con entusiasmo las instituciones políticas existentes. Al contrario, ideas y símbolos multivalentes, inhiben a los ciudadanos en su participación política institucional relevante.

González (2000) afirma que “hay que tener presente que, desde la gestación misma del concepto de cultura política, concebida bajo la forma privilegiada de cultura cívica, la preocupación por el tema de la participación política estuvo en el centro y bajo el foco del análisis de sus proponentes”. La existencia de un modelo democrático puede darse si y sólo si la participación aparece como condición del quehacer democrático. “Para que la democracia funcione, la participación no sólo no puede estar ausente sino que tampoco puede ser excesiva”. La teoría expuesta en “The Civic Culture” se presenta así como la postulación del equilibrio. “Para que un sistema democrático funcione bien, tiene que evitar el sobrecalentamiento por un lado, y la apatía o la indiferencia por el otro, ya que debe combinar la obediencia y el respeto a la autoridad con la iniciativa y la participación, sin que haya mucho de lo uno o de lo otro, ya que no todos los grupos, intereses y temas

irrumpirán simultáneamente, sino que los diferentes grupos, temas y sectores serán movilizados en distintos momentos” (Almond, 1995).

Aunque esta interpretación sobre el mantenimiento de la estabilidad política puede ser real, consideramos que está muy lejos de ser apropiada. El marginar intencionalmente, o no hacer nada para que los marginados políticamente hablando se incorporen al quehacer político del país, para que equilibren a los fanáticos exacerbados, es una actitud inadecuada en cualquier sistema democrático, ya que para estabilizar políticamente si existe mayor descontento, y por lo tanto mayor fanatismo político, no parece correcto que la solución sea la aparición de más apáticos.

El equilibrio no se debe dar por grupos de personas en extremos, sino que debe existir en cada persona, en cada ciudadano, el equilibrio entre fanatismo y apatía, y este solamente se logra con un razonamiento basado en una cultura política responsable. El primer paso para poder encaminar la cultura política hasta este término medio deseable debe ser poder realizar un diagnóstico que permita identificar en donde se encuentra, y a partir de éste poder tomar acciones que ayuden a encaminarla hacia el equilibrio en los individuos.

Es cierto que identificar, en una sociedad dada, las actitudes que favorecen la instalación o mantenimiento de un régimen político es una tarea tan extensa como identificar la cultura misma de esa sociedad. Para nuestro caso enfocaremos el estudio en dos variables que actualmente han sido claves en el accionar de la sociedad en la determinación, mantenimiento o renovación del régimen político en Latinoamérica: la participación política y el interés en la política.

Como hemos visto, la cultura política determina sustancialmente el establecimiento y mantenimiento de una sociedad democrática, por lo que su estudio es primordial para el diseño de estrategias que busquen alcanzar y mantener la estabilidad. Pero no quisiéramos que nuestros lectores consideraran que la importancia que le otorgamos a la cultura política y, por lo tanto, a la democracia, es sólo cuestión de actualidad. Al contrario, buscamos encontrar soluciones prácticas a un sistema que es defectuoso en sí mismo y basta sólo citar a Winston Churchill cuando decía, con razón, que “la democracia es el peor sistema político, a excepción de todos los demás”. No quisiéramos hablar del tema sin revisar algunos de los cuestionamientos básicos que se le han hecho a este sistema político desde su invención en Atenas.

Durante la revisión bibliográfica obligada para la realización de esta tesis, una de las primeras cosas que nos llamó la atención era la manera como, a pesar de las innumerables críticas, pocas veces se cuestiona la instauración de un modelo democrático. Se nos presentan de manera casi satanizada otras alternativas de gobierno, como el socialismo o un gobierno autocrático, y se reprueban a las sociedades que se resisten a adoptar el modelo del “poder del pueblo”, como en años recientes ha sucedido en Medio Oriente, y salvo un peligroso y bien socavado auge del socialismo y comunismo, la democracia se ha mantenido como el sistema más popular durante los siglos XX y XXI.

Después de indagar un poco más en la historia, creemos que una de las razones por la cual nuestra generación no se realiza estos cuestionamientos es

por que “nació así”. Por suerte (o por desgracia) no hemos vivido bajo otros regímenes políticos⁷, y creemos que los gobiernos deben ser democráticos “porque sí”, porque no se nos ocurre algo mejor, o porque las otras alternativas son aparentemente peores. También las sociedades son reacias a los cambios, y éstos no se dan a menos de que exista algún detonador social que la mayoría de las veces implica movimientos armados, como las revoluciones en Francia, Estados Unidos y México por poner algunos ejemplos que, en muchos casos, han finalizado con la instauración o reafirmación de un modelo democrático. También hay que considerar las desastrosas consecuencias que han tenido otros modelos, como el autocrático bajo el cual se rigieron los movimientos fascista, nacional socialista y franquista en Europa. Decimos, si ahora el modelo político más popular es el democrático, es seguramente porque los otros no han funcionado. Además debemos considerar la influencia que ejerce la mayor potencia económica en el mundo, que se encarga de extirpar o bloquear cualquier forma de gobierno que ponga en riesgo su dominio.

Pero ¿por qué la democracia? ¿por qué después de más de 2 mil años la humanidad presenta a este sistema político como su mejor alternativa? Para dar alguna incipiente respuesta, exponemos las siguientes reflexiones que

⁷ Hay que tomar en cuenta que la democracia a la que nos acostumbramos está muy lejos de ser lo que la etimología de esta palabra define, al contrario, el Partido Revolucionario Institucional y sus 73 años en el poder ostentan el periodo más largo de gobierno de un partido sin alternancia en el mundo. Si bien la victoria de Vicente Fox y el Partido de Acción Nacional en las elecciones presidenciales de 2000 fueron un logro para la alternancia del poder, la cual es una parte muy importante de la democracia, aún está muy lejos de representar la verdadera voluntad del pueblo.

ejemplifican como se ha llevado a considerar a la democracia de algo común y aceptado históricamente, a una muestra distorsionada de la equidad en la era de la comunicación⁸.

El repudio a las masas

En 1794, cinco años después de la Revolución Francesa, Wordsworth escribió: “es raro encontrar a alguien que utilice la palabra democracia en un sentido favorable”. Y agregaba con ironía provocadora: “pertenezco a esta clase odiosa de hombres llamados demócratas” (Antaki, 2000). La justificación de este desprecio a la democracia se basaba en la idea de que, si bien un hombre ignorante y poco pulido era un desastre en sí, muchos hombres ignorantes y poco pulidos puestos juntos a hablar y a actuar serían una verdadera catástrofe.

Hay que entender que la democracia desde su aparición hace 25 siglos en Atenas, nunca fue bien acogida. Casi toda la totalidad de los filósofos clásicos se opuso a este tipo de régimen. Séneca escribió “tal es la opinión de la mayoría... por eso mismo es la peor de todas. La aprobación de la multitud es el indicio de que la cosa es mala” (Antaki, 2000, p. 148).

⁸ Y no es que nosotros, los autores, consideremos que la democracia no sea la mejor alternativa, o que tengamos una idea mejor (o menos peor), pero si consideramos que es importante saber a ciencia cierta (lo más cierta posible) el porque de la instauración de la democracia en la era contemporánea. Como generación nos corresponde saber de donde venimos, para saber a donde debemos dirigirnos.

Fue durante el siglo XVIII en el que la democracia comenzó a reivindicar su reputación, cuando el ideal francés de “libertad, igualdad, y fraternidad”, así como la definición más simple y completa de la forma republicana y democrática de gobierno dicha por el presidente que abolió la esclavitud en Estados Unidos, Abraham Lincoln: "el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo", comenzaron a adquirir popularidad. La democracia puede encontrar su principal fundamento en "las verdades evidentes por sí mismas de que todos los hombres fueron creados iguales, que fueron dotados por su Creador con ciertos derechos inalienables, entre los que se encuentran la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad" en la que se funda la declaración de independencia de Estados Unidos (del Villar, 2003).

Estos principios básicos han llevado a la población a tener más que nunca la idea de que la democracia es la mejor forma de organización política, aunque no la llevemos a la práctica. Este accionar de la población es un fenómeno absolutamente nuevo en la historia humana, ya que durante la mayor parte de su existencia, la democracia fue considerada como lo opuesto, ya que implica muchos riesgos. Uno de los principales es que en los acuerdos democráticos se ocultan los desacuerdos. El debate sobre la eficacia de la democracia se cuestiona desde el principio fundamental en el que ésta se basa: “todos los hombres son iguales”. Aunque suena muy romántico, existe la duda, en palabras de Antaki, que si “la voz del santo o del sabio valdrá exactamente lo mismo que la voz del desgraciado” y “si sabemos que por cada santo existen en promedio tres mil desgraciados, ¿acaso esto significa que ganaran los peores?” (p. 145).

Consideramos que lamentablemente la proporción entre los hombres cultos, sabios y santos y los ignorantes, desgraciados y poco pulidos sigue siendo la misma desde la época de Séneca (de haber cambiado no estaríamos escribiendo estas líneas en este momento). En una primera instancia, la problemática no consiste en cuestionar si la decisión de la mayoría es la mejor para el país o no, sino que exige ser escuchada, exige voz y voto. Históricamente podemos ver que la sociedad mexicana ha deseado y peleado por esa equidad, en la que ha sido guiada por algunos falsos profetas que la han llevado a una lucha interminable hasta nuestros días. Desde la independencia en la que las mayorías indígenas y mestizas pelearon porque se escuchara su voluntad sobre la de la minoría española, hasta la revolución en la que “el sufragio efectivo, no reelección” fue el estandarte que guió a las mayorías marginadas a ser escuchadas sobre las minorías ilustradas y pudientes (Barroy, 1996). Por lo tanto, la primera voluntad política que debería ser acatada sería la de proporcionar el conocimiento necesario a la ciudadanía para tomar decisiones “correctas”. En una democracia el pueblo pide voz, voto, educación, información y oportunidades.

Antaki (2000) considera que en cada acción política lo que se pone en juego es la concepción de la misma. En este sentido existen dos visiones opuestas sobre la manera como se debe conducir un país. “Algunos hombres creen, de buena fe, que una sociedad se gobierna por la cumbre: son los jacobinos; esta visión existía tanto en la izquierda como en la derecha” (p. 11). Este es el concepto tradicional que se tiene sobre gobierno, un gobierno que dirige como pastor a sus ovejas, quienes a su vez confían –algunas más que otras- en que el pastor las llevará a buenos pastizales y no al fondo de un desfiladero o a los coyotes. Pero existe otra

visión: “una sociedad sólo se mueve si los actores que la componen se sienten socios de las decisiones tomadas” (p. 11).

Por lo tanto podemos diferenciar dos tipos de poder: el poder sobre y el poder con. Esta nueva conceptualización acerca del poder inicia con las investigaciones de Mary Parker Follet, teórica de la organización a principios del siglo XX. Ella propuso que el poder podía ejercerse de dos maneras: unidireccional (poder sobre), o interactivo (poder con). Estas ideas parten del principio de que el poder real está enraizado en las capacidades individuales, por lo que el poder genuino no puede ser delegado o transferido, compartir o dar poder es impráctico e irreal. “El poder sólo puede crecer con las experiencias, el conocimiento y el carácter de las personas, y en política con las asociaciones o la forma de relacionarse” (Mathews, 1997). ¿Qué visión es la que le conviene a México? Y aún más importante ¿qué visión es la que quieren los mexicanos?

En México, el poder del pueblo se justifica (y justifica nuestra tesis) en el artículo 39 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos que a la letra establece que “la soberanía nacional reside esencial y originariamente en el pueblo. Todo poder público dimana del pueblo y se instituye para beneficio de éste. El pueblo tiene, en todo tiempo, el inalienable derecho de alterar o modificar la forma de su gobierno”. Pero la democracia no existe sólo por estar escrita en una Carta Magna maltrecha por quienes la interpretan, sino que, como en palabras de Manuel Cloutier, la democracia debe ser como el amor, “debe hacerse todos los días”. Para que en una sociedad exista la democracia, no solo debe estar escrita en su Carta Magna, sino que se debe construir y fortalecer todos los días con la práctica. Fernando Serrano Migallón, Director de la Facultad de

Derecho de la UNAM, considera que la democracia “como sistema político garantiza el acceso de los ciudadanos a la vida pública, entrega a los sujetos el poder de participación que los eleva del régimen de súbditos -que etimológicamente significa sometidos- al de ciudadanos que es, en el más amplio de los sentidos, el constructor de la ciudad, de la comunidad” (2006).

En una democracia la participación de la mayoría es tan importante como la de las minorías. Las minorías representan el equilibrio necesario para que la mayoría no subyugue a los pequeños grupos. “En una democracia las mayorías fijan las reglas de convivencia, esto garantiza la base más amplia de aceptación de las normas y de las políticas; pero pensar que eso es la democracia es decir sólo una parte de la verdad, en la auténtica democracia convive la mayoría con minorías que hacen valer su derecho y cuyas aspiraciones funcionan como criterios de corrección de la voluntad mayoritaria, especialmente en lo que se refiera al principio de igualdad y al principio de justicia en las relaciones colectivas” (Serrano, 2006).

Opuesto al ejercicio de la democracia encontramos el conformismo social. Como mencionamos anteriormente y según W. H. Morris, “la apatía política es un signo de comprensión y tolerancia de la diversidad humana porque es un contrapeso más o menos eficaz contra los fanáticos que constituyen el verdadero peligro que amenaza la democracia liberal” (Antaki, 2000 p. 144). De esta manera se logra un equilibrio en la sociedad, un equilibrio entre el fanatismo y la indiferencia. Pero qué sucede cuando la misma ciudadanía repudia lo que la equilibra, es decir, a la apatía política. ¿Cómo involucrar a todos los segmentos para lograr una estabilidad política cuando son precisamente los segmentos no

involucrados los que mantienen esta estabilidad? La respuesta consiste en alcanzar, como lo mencionamos antes, esta estabilidad no en grupos, sino en cada individuo, y la única manera para alcanzarla es por medio de la educación y el conocimiento.

La democracia y el libre mercado

Una de las condiciones que es necesaria para que exista en una nación la democracia es el libre mercado. En la historia reciente hemos visto como la democracia aparece y crece en los países con un libre mercado, y se ve mermada hasta extinguirse en economías cerradas (Antaki, 2000). ¿Cuáles son las razones?

Para que la democracia pueda establecerse en una comunidad, ésta necesita contar con ciertas creencias y preceptos básicos que les permita a sus ciudadanos adoptarla con mayor facilidad. Como consecuencia podemos ver la existencia de diversos países desarrollados que coinciden en ser democráticos, predominantemente católicos y capitalistas. Aunque esto no es una regla, si es un fenómeno que se repite constantemente.

Aunque existen muchos estudios que explican el porque ciertas naciones han adoptado la religión católica, o la democracia o el capitalismo, principalmente sociedades de occidente y algunas de oriente, pocos consideran a estos tres elementos para explicar la cultura política de una comunidad, por lo que queremos incluir algunas ideas nuestras derivadas de nuestra investigación. Creemos que los sistemas económico, político y religioso son los que más influyen en la cultura

de una sociedad, porque establecen las normas bajo las cuales se rige el intercambio de bienes, las creencias, normas y el comportamiento dentro y con la comunidad, por eso deben considerarse al realizar algún estudio sobre cultura política.

Para reforzar esta idea, nos apoyamos en el artículo de Francis Fukuyama, profesor en el Center for Science and International Affairs de la Universidad de Harvard y director suplente de planificación política en el Departamento de Estado de los Estados Unidos, titulado “Capitalismo y democracia: el eslabón perdido”. Fukuyama afirma que prácticamente no existen en 1992 (fecha en que escribió el artículo) ejemplos de países altamente desarrollados que no sean a la vez democracias estables, y hay muy pocas naciones extremadamente pobres que sí lo sean. Más aún, muchos países que han sufrido revoluciones democratizadoras en la última generación, incluidos España, Portugal, Grecia, Brasil, Corea del Sur, Taiwan, la comunidad “afrikaner” de Sudáfrica y la Unión Soviética, pasaron de la condición de países predominantemente agrícolas a mediados del siglo a la situación de países industrializados y urbanizados al momento de la democratización (1994).

Pero a pesar de esto, Fukuyama reflexiona sobre si necesariamente existe una relación causa efecto entre estas dos variables. “Más interesante que la mera existencia de esta correlación es la razón de ella. En particular, cabe preguntarse si existe alguna razón económicamente necesaria por la que la industrialización avanzada deba conducir a la democracia en la misma medida que ella conduce al capitalismo”. Algunas de las posibles explicaciones que ofrece son las siguientes: “algunos sostienen que la democracia es más funcional para la conciliación de los

diversos intereses que están en juego en una economía moderna y compleja. Muchos analistas enfatizan, por otro lado, el importante papel que juega la educación en la promoción de la democracia. Con todo, pese al apoyo inequívoco que la educación representa para la democracia, no está en absoluto claro que la educación en sí impulse a la gente a preferir la democracia por sobre otras formas posibles de gobierno” (1994, p. 386). El creer que la educación conlleva necesariamente a un deseo por la democracia y/o por el capitalismo sólo podría darse si la educación ofrecida está enfocada a esos modelos socioeconómicos, ya que la educación y la religión, son industrias culturales totalmente influenciadas por la cultura predominante de la sociedad misma.

A pesar de esto, Fukuyama considera que “hay buenas razones para suponer que las democracias como un todo no tendrían por qué ser particularmente eficientes en términos económicos, o cuando menos no tan eficientes como los regímenes autoritarios competentes que hacen del crecimiento económico su prioridad fundamental”. Es decir, no hay evidencia económica que establezca que el sistema democrático es más rentable que otros. “Las democracias tienden a transferir riqueza desde las capas adineradas a las más pobres en beneficio de la igualdad social, para proteger o subvencionar a las industrias desfallecientes, para invertir más recursos en el gasto social y por razones análogas” (1994, p. 387).

Por lo tanto, parece que las razones por las que el desarrollo económico favorece a la democracia han de encontrarse fuera del ámbito económico. La opción por la democracia debe surgir del dominio de la política y las ideologías: esto es, “del intento consciente que hace el hombre de reflexionar sobre su situación en la sociedad y de crear normas e instituciones que estén en algún

sentido de acuerdo con su naturaleza implícita. El ámbito de lo político tiene sus propios fines autónomos, y no puede, por tanto, explicárselo cabalmente en función de las categorías subpolíticas de la economía o la sociología". Aunque ciertas ideologías florecen mejor bajo determinadas y específicas circunstancias sociales y económicas, es preciso analizarlas primero en sus propios términos. Esto es, todos los regímenes autoritarios, incluidas las dictaduras de izquierda inspiradas en el principio de igualdad, son variantes de la relación amo-esclavo en que se "reconoce" la dignidad de ciertos "amos" (la "elite gobernante", la "raza superior", la "vanguardia del partido" o lo que sea), al tiempo que se desconoce la de la gran masa ciudadana. "El deseo de reconocimiento es una fuente motivacional estrictamente ajena a lo económico que puede adoptar gran variedad de formas, y es también, en cierto sentido, el fundamento de ciertas alternativas no democráticas como la teocracia o el nacionalismo de rasgos agresivos. Pero tan sólo la democracia liberal puede satisfacer racionalmente el anhelo humano de reconocimiento, por la vía de garantizar los derechos elementales de la ciudadanía en términos universales y en un plano de igualdad" (p. 388).

Fukuyama explica que el origen histórico del reconocimiento universal se encuentra en la doctrina cristiana de la igualdad universal del hombre ante Dios, lo que explica la elevada correlación entre la democracia estable y la cultura cristiana en el mundo de hoy. Pero si la democracia representa de alguna manera la secularización de ciertos motivos o doctrinas cristianas, en virtud de ello establece las bases para su potencial universalización, del mismo modo que el método científico es hoy universalmente accesible. Con las revoluciones francesa y norteamericana, el principio del reconocimiento universal fue implementado en los

países más avanzados del mundo, y es dicho principio el que sigue constituyendo, doscientos años después, la opción más racional.

Finalmente, Fukuyama concluye que la relación entre capitalismo y democracia es indirecta. Vale decir, “el capitalismo por sí solo no genera presiones directas en favor de la democracia, pues es perfectamente compatible con muchas formas de autoritarismo (aunque no con el totalitarismo comunista, ciertamente), y puede incluso florecer en mejor forma en las no democracias. Pero el capitalismo es una maquinaria del crecimiento económico más eficiente que el socialismo y, por ende, tiene más probabilidades de generar el cambio socioeconómico acelerado que favorece la emergencia de una democracia estable” (p. 390).

Aunque este no es el objetivo de la tesis, si consideramos importante la idea de que estos sistemas, el católico, capitalista y democrático, comparten ciertos principios básicos que los hacen compatibles en la práctica.⁹ Consideramos que la democracia, como vimos anteriormente en el discurso de Lincoln, se basa en dos principios fundamentales: en que el hombre es libre por naturaleza, y que todos los hombres fueron creados iguales por un mismo Dios. La idea de que todos somos iguales porque fuimos creados por un mismo Dios es uno de las bases del catolicismo, mientras que la libertad, traducida al capitalismo, libre mercado, es la base de este sistema económico. No ahondaremos más en este tema, ya que no es central de nuestra tesis, pero esperamos que la revisión del

⁹ Decimos en la práctica porque en teoría, los principales estudios sociológicos realizados en la primera mitad del siglo XX, principalmente los hechos por Joseph A. Schumpeter (1950) pronosticaban una incompatibilidad entre la democracia y el capitalismo y, finalmente la caída de este último para darle paso al socialismo.

artículo de Fukuyama haya servido para reafirmar la influencia que tiene la cultura de una comunidad en el establecimiento de su régimen político. Esta idea aún puede tener muchas críticas, y el determinar si existe relación alguna entre el auge de la democracia, la religión católica y el capitalismo o son simplemente coincidencias históricas, tendrá que determinarse con mayor profundidad en otros estudios, pero creemos que su popularidad en occidente a partir de finales del siglo XVIII puede tener una correlación importante.

La democracia y los medios

Hay que decir que a pesar del poco tiempo que tiene de aceptación la democracia, ésta ha evolucionando según la época y el lugar. Como todo invento humano tiene sus etapas. La primera fue la democracia representativa, después la democracia social, y finalmente la transición a la democracia de opinión (Antaki, 2000, p. 146). Esta es la que se está viviendo actualmente en la mayoría de los países. “La democracia de opinión no nació de una evolución política, sino tecnológica: el desarrollo de los medios masivos hizo que éstos ocuparan el papel antes encargado a las instituciones y que causaran su caída. Hoy los grandes debates de la república no ocurren en la escuela, iglesia, los partidos o los sindicatos, sino en los medios” (p. 146). Esta democracia mediática tiene consecuencias que incluyen y excluyen a la vez. Hoy día la distancia geográfica ya no es una limitante, ya que las ideas se pueden transmitir de un extremo del mundo al otro en un instante. Pero quedan excluidos aquellos que no tienen acceso a esta nueva tecnología o no cuentan con los recursos para ser partícipes

en este debate. No por nada los medios masivos de comunicación son llamados el cuarto poder.

Si la democracia mediática se debate en los medios, quien controla los medios controla la democracia y establece de qué se debate, cómo se debate y cuánto se debate. Antaki describe a esta etapa como la más decadente de la democracia, ya que nacimos en ella, y por lo tanto no cumplimos con el proceso de desarrollo de una democracia representativa y social. Y es precisamente el debate de la democracia en los medios el que hace que el ciudadano común y corriente interprete que la política le corresponde a la clase política y no a los simples mortales.

Los medios masivos consideramos que tienen su mayor influencia en el desarrollo de la democracia principalmente con dos factores: el primero es el establecimiento de la agenda. La teoría del establecimiento de la agenda, propuesta en 1972 por Maxwell McCombs y Donald Shaw¹⁰, establece que, si bien los medios masivos no pueden influir sobre la opinión de la audiencia sobre algún tema, si pueden influir fuertemente en cuales serán los temas que debatirá esa audiencia. Esta capacidad que tienen los medios masivos para establecer cual será la agenda de tópicos que se tratarán en la sociedad expuesta explica el porque pueden tener en cierto momento mayor popularidad los chismes del corazón que alguna reforma importante.

¹⁰ Ver McCombs, M., & Shaw, D.L. (1972). The agenda-setting function of the mass media. *Public Opinion Quarterly*, 36, 176-185.

El segundo factor de influencia está relacionado con la mercadotecnia política y los medios masivos. Lamentablemente, se ha lucrado con la democracia de tal manera que se equipara a los votantes como “clientes” a los que se les ofrece cierto producto (candidato) de cierta marca (partido político) que se anuncia (campañas electorales) para lograr la mayor cantidad de ventas (votos). Esto explica lo popular y lucrativo que se han convertido las agencias de investigación de mercados en cuanto a materia electoral se refiere. La mayoría se preocupa por saber que candidato es el más popular y que estrategia será la mejor para persuadir al segmento “switcher”, que es quién ha determinado las últimas victorias electorales en nuestro país. Lamentablemente pocos han sido los estudios enfocados a crear estrategias para capacitar a los votantes y hacerlos más racionales, tal vez sea porque no contamos con el presupuesto con el que cuentan los partidos políticos para pagar estos estudios, aunque paradójicamente ese presupuesto sale de nuestros bolsillos. Estas estrategias solamente alejan a la política más y más de la gente común y corriente, y crean, en palabras de Miches, “la formación de una élite política que lucha competitivamente para obtener los votos” (Antaki, 2000, p. 148).

Siguiendo con la mercadotecnia política, después del estudio, se lanza la campaña publicitaria, la cual es uno de tantos factores que encaminan el resultado de una elección. Antaki explica, con razón, que la preferencia electoral del pueblo no es necesariamente “por el candidato más sabio, sino por aquel que más se les parece, que habla y actúa como ellos” (p. 148). Y precisamente es ahí donde el mix de la mercadotecnia entra en acción, y las relaciones públicas con mítines y entrevistas en noticieros de cobertura nacional en horario triple A juegan un papel

importantísimo, junto con los espectaculares, spots de radio y televisión, marketing directo por medio del correo tradicional, electrónico y llamadas telefónicas, y toda la infinidad creativa de los más importantes creativos se enfoca en hacer que el candidato parezca “El Candidato”.

Después de este breve recorrido histórico, hemos analizado brevemente el largo trecho que ha tenido que seguir la democracia para convertirse en el modelo político más popular y ser el que más nos atañe de manera personal, ya que es el establecido en nuestro país. También hemos establecido la estrecha relación que guarda la democracia con los medios de comunicación durante los últimos años. Y hacemos énfasis en este punto, porque es precisamente la comunicación mediática la que más influye y moldea la cultura política dentro de una democracia mediática. Estudios como el presente buscan alguna alternativa que permita afrontar los bombardeos mediáticos masivos con más elementos para desarrollar la cultura política que permita alcanzar la democracia que anhelamos.

La Cultura Política en Latinoamérica y México

Una parte importante de esta investigación fue la búsqueda y revisión de los principales estudios que se han realizado en México y Latinoamérica en cuanto a cultura política se refiere. Para nuestra sorpresa y alegría, encontramos más de los que esperábamos, algunos con resultados realmente interesantes. Debemos considerar que las democracias en América Latina son relativamente jóvenes, con las deficiencias y limitaciones que esto implica, y que se encuentran en una etapa de consolidación, permanencia y perfeccionamiento. Estas democracias, aunque

cada una instaurada en momentos y de manera diferente, y con circunstancias y niveles de desarrollo variables, comporten ciertas características más o menos comunes, como transiciones desde regímenes autoritarios que causan crisis económicas que crean desigualdad social que se hace marginación que deriva en desestabilidad y represión.

A continuación resumimos algunos de los estudios cuya metodología y resultados fueron útiles para la realización de esta investigación.

The Participation Gap: Systemic and Individual Influences on Gender Differences in Political Participation (Desposato, 2005)

Esta investigación realizada por profesores de la Universidad de Arizona (EUA) y aplicada en 17 países de Latinoamérica, estudió la influencia de las diferencias de género en la participación política.

Este estudio surgió gracias a que los autores consideraron los pocos estudios realizados en Latinoamérica sobre el tema en comparación con los realizados en Europa y Estados Unidos. El verdadero reto que significó esta investigación fue que en Latinoamérica las diferencias de género no son uniformes, es decir, éstas dependen de muchas otras variables, como el nivel socioeconómico, la situación geográfica, el nivel educativo, etc. Estas variables son influenciadas, en conjunto, por la cultura y por el desarrollo legal en cuanto a equidad de género se refiere. Esta investigación explora la manera como el contexto histórico y legal de cada país moldea los roles de género en la política.

Desposato y Norrande (2005) justifican su investigación argumentando que, según la teoría democrática, las elecciones y otras formas de participación política

son los métodos que tiene la ciudadanía para influir en su gobierno. Por otra parte, en la práctica, la participación política funciona como legitimador del gobierno democrático, y la ausencia o presencia de ésta tiene una gran incidencia en el funcionamiento de la democracia. Es decir, a mayor participación, mayor legitimidad en el gobierno. Estas reflexiones son muy útiles para considerar a la participación política como uno de los principales indicadores de la cultura política en una sociedad democrática.

Otra aportación que hace esta investigación a la nuestra es la manera como los autores estudian una variable, el género, que afecta a otra, la cultura política, y viceversa. Es decir, la cultura política se ve afectada por lo mismo que ella influye. Son variables totalmente dependientes; las diferencias de género influyen en la participación política como la participación política influye en las diferencias de género. Esto es importante para nosotros ya que funciona como la pregunta capciosa de ¿cómo mediría la temperatura de una termómetro? En este caso nosotros pretendemos evaluar la cultura política a partir de dos variables: la participación política y el interés en la política, pero sería un error nuestro el no considerar que una de las cosas que más afecta estas dos variables, es la misma cultura política.

Otro de los aportes que intenta hacer este estudio es aumentar el reducido número de trabajos sobre cultura política realizados en nuestro país, ya que los que se han realizado han sido en su mayoría aplicados a Europa y Estados Unidos, por lo que otros países sólo adaptan estos estudios a su contexto. Obviamente es difícil generalizar los resultados en países con diferentes experiencias y diferentes consolidaciones de la democracia, pero si es importante

encontrar rasgos comunes capaces de estandarizar estudios que permitan comparar diferentes contextos no sólo geográficamente, sino temporalmente. Esta es la razón por la cual elegimos dos variables que, aunque puedan variar en su contenido, no lo hagan en su forma dentro de los diferentes contextos en que las podamos encontrar. Este estudio retoma un estudio aplicado en Estados Unidos, y lo aplica a Latinoamérica, procurando encontrar los elementos que no cambian. Entre las cosas más importantes que tomaron en cuenta los autores son las diferencias culturales, representadas principalmente por los valores sociales, religión, autoritarismo e igualdad, que en este caso influyen de manera especial a la variable género.

Además este estudio hace otra aportación para nuestro trabajo al considerar a la participación política en dos variables: individual y contextual. En el contexto individual están incluidas las variables sociodemográficas, como edad, nivel socioeconómico, educación, etc. Por otro lado, el nivel contextual se refiere a la situación histórica que vive la sociedad en ese momento, así como su experiencia previa. Por otro lado, manejan otras dos variables sobre participación: convencional y no convencional. La participación convencional que considera el estudio se refiere a la participación usualmente estudiada en países desarrollados, como mítines, hablar de política, tratar de convencer a alguien de lo que piensa políticamente y, en general, prestar atención a los eventos políticos. La participación no convencional incluye protestas y otras acciones demostrativas. Menos estudiadas en países desarrollados, para muchas sociedades de América Latina, la participación no convencional ha sido la única manera de participación tras años de dictaduras militares y/o uni partidistas.

Uno de los principales resultados encontrados en este estudio es que, en general, las mujeres participan menos políticamente que los hombres y varía según el desarrollo democrático y de igualdad de género que tenga la sociedad en cuestión.

Resumiendo, podemos concluir que la principal aportación que hace este estudio para nuestro trabajo es el de ayudarnos a definir las dos variables que vamos a utilizar, así como agregar otra que será importante considerar al interpretar los resultados.

Por lo tanto, podemos definir, en una primera instancia, como participación política a todas las acciones que puede llevar a cabo la ciudadanía para influir en su gobierno. Como se dijo anteriormente, la acción más común es la participación electoral, pero no es la única, aunque sí la más representativa dentro del sistema democrático. Esta participación política puede dividirse como se mencionó en convencional y no convencional. La participación convencional se refiere principalmente a las prácticas legales, como mítines, hablar de política, tratar de convencer a alguien de lo que piensa políticamente, y en general prestar atención a los eventos políticos. Por otro lado, la participación política no convencional se refiere a todos esos métodos generalmente fuera de la legalidad, usados para influir en un gobierno que no ofrece otras alternativas. Estas pueden ser protestas y otras acciones demostrativas.

A continuación definimos interés en la política, como el concepto que corresponde a la disposición que existe en la ciudadanía por participar en la política. Es decir, que tan dispuesto está cada individuo a votar, asistir a mítines, platicar sobre política, prestar atención a los eventos políticos, etc. Nótese que

procuramos medir la disposición y no la acción, ya que el no realizar cada una de estas actividades no implica necesariamente que el individuo no esté interesado, o el realizarlas implica que si lo esté.

Tanto la participación política y el interés en la política son influenciados y condicionados por dos tipos de factores: los individuales y los contextuales. Los factores individuales son características de cada individuo que no se ven afectadas por el contexto, como las características sociodemográficas: edad, nivel socioeconómico, educación, religión, etc., mientras que los contextuales se refieren a los factores compartidos por todos los miembros de un grupo (ciudad, región, país) en un momento dado, como la situación y experiencia histórica o nivel de democracia.

Estos dos tipos de factores serán útiles para interpretar y explicar los resultados de los cruces de las variables de participación e interés en la política, y permitirán explicar y pronosticar resultados según el segmento a estudiar y/o el momento histórico en el que se aplique el estudio. Es decir, cuando en un estudio aplicado a una población socio-demográficamente diversa los resultados sean muy similares, muy probablemente existe algún factor contextual que los está influyendo, por ejemplo, alguna elección cercana. Cuando existen diferencias marcadas, muy probablemente las diferencias sociodemográficas pudieran ser las que están influyendo a cada individuo.

Usualmente los estudios que se han realizado se enfocan únicamente en alguno de estos factores, ya sea alguno individual, como la edad, género, nivel socioeconómico o alguno contextual como evaluación de campañas políticas o intención de voto y se aplican dentro de un solo país. Franklin (2002) concluyó

que existe más variación cuando el estudio se aplica bajo diferentes factores contextuales que cuando se aplica bajo factores individuales, dado que los primeros afectan a todos los individuos de un grupo, dígase ciudad, región o país, mientras que los segundos permanecen prácticamente invariables dentro de ese mismo grupo.

Los autores explican que existen principalmente dos factores que afectan la participación política en Latinoamérica: el nivel de la democracia en el gobierno y la libertad política. Estos dos factores determinan el nivel y tipo de participación que existe en una sociedad. Es decir, el gobierno democrático permite la existencia de la participación política y la libertad política determina que tipo de participación predominará. En el caso específico de las diferencias de género, Desposato y Norrander (2005) consideran que el tiempo que tienen las mujeres con el derecho de votar, el desarrollo económico que le permite a la mujer un mayor nivel educativo e independencia económica y el número de mujeres que ocupan puestos públicos son los principales factores contextuales que influyen en la participación femenina en la política. Por otra parte, uno de los factores individuales que más afectan la participación de la mujer en la política es la religión. La religión, que tradicionalmente cuenta con una mayor participación de la mujer que del hombre, es una de las instituciones más curiosas dentro de una sociedad democrática. Por un lado, en el caso específico de Latinoamérica, donde la religión católica es la que cuenta con mayor número de fieles, ésta ha sido precisamente un desinhibidor de la participación de la mujer en la política, adjudicándole roles más tradicionales. Esta tendencia se ha ido reduciendo

ligeramente en los últimos años con la aparición de nuevas doctrinas, como las de la teología de la liberación.

Otro de los factores individuales que más afecta a la participación política, no sólo la de la mujer, sino también la del hombre, es la edad. La explicación del ciclo de la vida en la participación política (Wolfinger y Rosenstone, 1980) describe a los jóvenes ciudadanos como inactivos políticamente debido a que tienen otras preocupaciones (escuela, trabajo, vida social) las cuales no permiten que se interesen de manera relevante en la política. Los adultos comienzan a involucrarse más ya que se vinculan con su comunidad de manera más profunda (establecen su residencia, tienen hijos, se preocupan por su educación y seguridad, etc.). Estos nuevos intereses se ven reflejados en una mayor participación política y en muchos casos crean hábito. La participación aumenta usualmente en individuos de 50 y 60 años, y decrece repentinamente después de esa edad debido a cuestiones de salud. En el caso específico de las mujeres la relación es la inversa; es decir, existe mayor participación de las mujeres jóvenes que las de edad adulta. Esto es debido a que el derecho de la mujer al voto es relativamente reciente, por lo que las viejas generaciones, quienes crecieron en un contexto que las desinhibía de cualquier clase de participación política, no cambiaron este hábito cuando se les proporcionó el derecho al voto. Conforme más pase el tiempo, probablemente la tendencia de las mujeres con respecto a la edad pudiera igualarse con la de los hombres.

Otra variable importante es el estado civil. Los autores explican que las investigaciones recientes han demostrado que las mujeres casadas que se dedican al hogar tienden a participar menos políticamente que las que no están

casadas. Esto se debe a que, en general, sus actividades las aíslan del quehacer político. Esta tendencia varía según el nivel de desarrollo del país.

Sin embargo, probablemente las más importantes e influyentes variables de la participación política de un ciudadano son su educación y nivel socioeconómico. La educación es uno de los factores individuales más fuertes en determinar el voto y otro tipo de actividades políticas. La educación provee habilidades que les ayudan a los votantes a superar los elementos burocráticos del voto e incrementa su habilidad para tomar decisiones abstractas. La educación también forma las actitudes cívicas. En países desarrollados, una mayor educación es asociada con niveles más altos de obligaciones y eficacia cívica.

La diferencia entre los niveles educativos de los hombres y las mujeres es una de las razones principales por las cuales existe la diferencia de género en cuanto a participación política se refiere. Sin embargo, el nivel educativo afecta de manera diferente la participación política de los hombres y las mujeres. Mientras que en niveles educativos bajos las mujeres tienden a participar menos que los hombres, en los niveles altos es clara la mayor participación del segmento femenino que el masculino.

*Opinión Pública Latinoamericana (Latinobarómetro, 2006)*¹¹

La Corporación Latinobarómetro, ONG sin fines de lucro con sede en Santiago de Chile, ha realizado durante diez años estudios de opinión en toda Latinoamérica. Diez mediciones a través de 176, 554 entrevistas en 18 países se han convertido, sin lugar a dudas, en nuestra principal fuente para el diseño de nuestra modelo y sus herramientas.

Este estudio longitudinal, titulado “Opinión Pública Latinoamericana”, es el más relevante y base para nuestra tesis, así como uno de los más importantes sobre cultura y participación política realizados en América Latina.

Inició en 1995, con el financiamiento de la Unión Europea, el gobierno de Chile, el Banco Interamericano de Desarrollo y la agencia de Cooperación Sueca. Entre Mayo y Junio de ese año se realizó el primero levantamiento de encuestas en 8 países del continente: Argentina, Brasil, Chile, México, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela. Actualmente, el estudio se realiza cada año e incluye a 18 países americanos.

Una de las principales razones por las que consideramos los estudios de esta organización como base de nuestra tesis es su calidad de ONG no lucrativa, lo que evita que esté comprometida con alguna postura o que corresponda a intereses de terceros. Esto queda demostrado con la iniciativa que comenzó en el

¹¹ Ficha Técnica: Se aplicaron 20, 209 entrevistas cara a cara en 18 países entre el 1 de Agosto y el 10 de Septiembre de 2005, con muestras representativas de las poblaciones nacionales de cada país de 1, 000 y 1, 200 casos, con un margen de error de alrededor de 3% por país.

año 2000 y que por fin en 2005 quedó consolidada: transformar este instrumento de opinión pública en un bien abierto al público. Es decir, sus datos pasan a ser parte del dominio público. Para ello se inauguraron un banco de datos en español, el primero de su especie en América Latina y que lleva el nombre de Banco de Datos Latino, que además contendrá datos de las series de encuestas políticas existentes en varios de los países; y la Asociación Latinoamericana de Estudios de Opinión (ALEOP), ambas instituciones procurando contribuir a la construcción de bienes públicos regionales.

Esto nos dio la libertad de tomar como principal base para nuestro cuestionario el que la organización ha usado en sus entrevistas, y poder adaptarlo a lo que nos interesa medir. Los reactivos que consideramos nos serán útiles para medir cada una de las dimensiones que nos interesan, tienen la ventaja de que ya han sido utilizados y probados en todo Latinoamérica durante diez años, lo que nos permite desarrollar un modelo cuyas herramientas sean adaptables a diferentes contextos que, a fin de cuentas, es algo que buscamos en nuestra investigación: crear un modelo cuyas herramientas, al aplicarse, sean capaces de medir de una forma estandarizada a segmentos diversos (incluso opuestos) en contextos de lugar y tiempo diferentes.

Es precisamente esta la principal razón por la cual consideramos al estudio “Opinión Pública Latinoamericana” como base de nuestra tesis, ya que ha tenido como objetivo utilizar una herramienta incluyente para todos los participantes de la democracia en las sociedades latinoamericanas. Y son precisamente este tipo de estudios los que son capaces de evaluar a algunas de las democracias más cambiantes del mundo. Por esto, Latinobarómetro hace un recuento y considera

en la interpretación de resultados los principales hechos históricos que han marcado a cada uno de estos países previendo una posible relación entre los resultados y el contexto de la sociedad en cuestión.

Entre los grandes acontecimientos políticos y económicos de los últimos diez años se encuentran, por ejemplo, en el plano político, 9 presidentes democráticamente electos o sus respectivos sucesores constitucionales que no lograron terminar el periodo de su mandato. En el plano económico, la región atravesó por dos crisis importantes marcadas por la de México en 1995 y la del Sudeste Asiático en 1998. Países como Argentina y Brasil vieron terminar su “tan” exitosa política de estabilización. Uno de ellos, Argentina, terminó en la peor crisis política en 50 años, cambiando 3 presidentes en 3 meses y llevando al 56% de su población debajo de la línea de la pobreza en junio de 2002, sin embargo, también ha demostrado capacidad para recuperarse.

En el 2000, México tuvo alternancia de poder por primera vez en 70 años, poniendo fin a la hegemonía del PRI, mediante una elección libre. A fines del 2004, Uruguay puso fin a 150 años de dominio de dos partidos (Colorados y Blancos) y produjo una alternancia de su elite con el actual presidente Tabaré Vázquez, que no sólo logró que la izquierda llegara al poder por primera vez, sino con mayoría absoluta, propinándole al mismo tiempo al partido Colorado (que fue el actor político mas importante de Uruguay desde su vida independiente) la derrota mas severa de toda su larga historia. La elección de Lula en 2002 produjo en Brasil una importante alternancia. Lula viene del sector obrero (sindicalista) y goza de buenos niveles de apoyo popular que le han permitido hasta ahora usar ese capital para protegerse de los escándalos de corrupción que afectan a su

partido, el PT. Su nivel de aprobación bajó alrededor de 20 puntos después de estos escándalos.

Las clases políticas tradicionales han sido desafiadas e incluso desplazadas en varios países como Perú, Bolivia, Ecuador y Venezuela. Liderazgos como el de Hugo Chávez han cuestionado el modelo económico y político, generando grandes niveles de apoyo y poniendo la palabra revolución nuevamente en juego en la región. Venezuela muestra el costo de los rezagos democráticos causados por una elite que gobernaba para unos pocos.

Chile ha dado continuidad a su democracia, logró eliminar los enclaves autoritarios de su Constitución después de 15 años de negociaciones entre sectores políticos, y eligió en 2005 al cuarto gobierno de la misma coalición que inició la transición con una mujer a la cabeza. Uno de los países mas tradicionales con un liderazgo femenino.

En Argentina Kirchner se consolida con altos niveles de aprobación haciendo de Argentina el país que puede cambiar de lo negativo a lo positivo en muy corto plazo en el terreno económico. Sin embargo, el sistema de partidos tradicional esta colapsado, la debilidad institucional es alta. La tan reclamada renovación de la elite política que la sociedad civil demandó durante la crisis de 2001 bajo el lema “que se vayan todos” no se produjo. La brecha entre la confianza en la elite y el presidente muestra esta ausencia de renovación que Argentina tiene pendiente para consolidar su democracia

En Perú la renuncia de Fujimori (en el 2000) y la alternancia que se produjo con la llegada al poder de la nueva elite encabezada por el presidente Toledo no ha resultado exitosa. Pese al buen desempeño de la macroeconomía peruana, los

peruanos se mantienen muy críticos tanto de su proceso político como de su gobierno. Perú es uno de los países que más preocupa en términos de su cultura cívica y sus actitudes hacia la democracia que han experimentado un retroceso en los últimos años.

¿Por qué recurrir ha este breve recuento histórico, político, económico y social de los últimos diez años en Latinoamérica? Por dos razones principalmente. Primero, nos permite comprender de mejor manera el estudio en el que nos estamos basando y sus resultados, entendiendo el porque de la inclusión de algunas dimensiones que tal vez en nuestro contexto parecieran ser no tan relevantes (como, por ejemplo, los relacionados a los gobiernos militares) y segundo, pero más importante, nos permite tener una perspectiva más global acerca de nuestra situación, procurando reducir lo más posible ese etnocentrismo tan común en el investigador, que muchas veces no nos permite percibir las raíces de algunos problemas al estar tan cerca e involucrados en el contexto.

Finalmente, la tercera razón por la cual consideramos tomar este estudio como base para nuestra tesis son sus resultados. Para nosotros era muy importante contar con una herramienta que, además de estar probada, tuviera a nuestro alcance los resultados que esta misma arrojó. Tener al alcance los resultados correspondientes a cada dimensión y a cada reactivo, nos permite comparar lo que encontremos utilizando la herramienta que nosotros proponemos, con lo hallado en el estudio de Latinobarómetro, lo que nos permitirá determinar la confiabilidad y validez de lo que nosotros proponemos.

Considerando el recuento histórico hecho anteriormente, cualquier observador extranjero diría que muchas cosas han cambiado. Sin embargo, lo que muestran

los datos es que “todo cambia para seguir igual. No hay avances en los temas esenciales de la cultura democrática: La desconfianza aumenta o se mantiene igual, la cultura cívica no cambia, la percepción del estado de derecho no avanza, las expectativas crecen. Los problemas que la gente percibe como prioritarios no parecen ceder a lo largo de la década y la participación política no se ha fortalecido (Latinobarómetro, 2005)”.

Sin embargo, los últimos acontecimientos políticos en algunos países como Bolivia, Ecuador y Argentina muestran que el ciudadano de América Latina está saliendo a la calle a sacar del palacio de gobierno a quienes no considere que estén cumpliendo con el mandato para el cual fueron electos. No se trata de romper con el sistema democrático, sino es exigir que las demandas ciudadanas sean respetadas, dentro del mismo sistema, pero muchas veces en el límite. Si bien es cierto que muy poco ha cambiado en la década, se han sentado las bases para una sólida democratización que puede empezar a ver sus frutos. América Latina no abandona la democracia en ningún momento desde que se inicia.

Este despertar ha aumentado la competencia electoral y está enfrentando a dos sectores de la población que tienen que empezar un camino de entendimiento para integrar a sociedades que muchas veces han pecado de excluyentes. América Latina se encuentra en un periodo de maduración política y sus soluciones están siendo buscadas con más democracia. No cabe duda que los grupos en el poder lo han ido perdiendo a lo largo de estos últimos años, que éste ha pasado de mano en mano, y que ahora, en los últimos dos años la elección de 12 presidentes para seguir gobernando sólo a confirmado lo aquí expuesto.

Estas reflexiones y exposición de resultados nos ofrecen esa visión positiva fundamentada de que estamos avanzando, tal vez a paso lento, tal vez algo violento y, en algunos casos, un poco tarde. Pero a fin de cuentas, según los datos, la ciudadanía está despertando, y el aumento de su interés y de su participación política comienza a dar muestras de un crecimiento en la cultura política latinoamericana, lo cual le abre las puertas y las posibilidades a un proyecto como el nuestro.

Nunca antes se habían enfrentado los políticos y los candidatos a la presidencia a poblaciones tan críticas, con tantas expectativas y con tanta educación. Ya no son las masas analfabetas que podían ser contentadas con simples populismos como en el siglo pasado. Hoy día estamos frente a una población que puede no tener agua potable, pero tiene celular, acceso a internet y a ver el mundo globalizado. El gobernante que no entrega bienes económicos, tiene que entregar al menos bienes políticos. El gobernante que no sabe producir bienes políticos enfrentará dificultades.

“Los intelectuales y analistas se equivocaron al concentrar todos sus esfuerzos en la reforma económica, y olvidarse de la reforma política, hoy día la mayor demanda es en el ámbito de los bienes políticos y sin ellos la región no encontrará paz. La democracia para éstos habitantes es un bien político que dismantela las viejas estructuras haciendo de las sociedades, sociedades abiertas, donde no se discrimina por el color de la piel, por el lugar de nacimiento, y por la cantidad de dinero que tenían los padres. El dismantelamiento de las desigualdades, la legitimidad del estado de derecho, la igualdad de la ley, el trato por igual son las demandas principales que

enfrentarán las 12 elecciones que comienzan en Noviembre del 2005. (Latinobarómetro, 2005, p. 4-5)".

En términos de números, el estudio demuestra que no han existido cambios radicales en la opinión pública latinoamericana. Las actitudes hacia la democracia han sido indiferentes tanto a las crisis como a la bonanza económica.

El apoyo a la democracia se balancea en estos diez años entre un máximo de 63% y un mínimo de 48% de apoyo, con la mayoría de los años fluctuando por encima del 50%. Los últimos tres años el apoyo se estanca en 53%. Este se debe, en gran parte, a que estamos frente a una democracia estancada en su capacidad de consolidarse. Los datos dan evidencia de la brecha entre la cultura y la estructura y su impacto en la función de representación de la democracia. Una cultura democrática que no cambia, lo que cambió fue la estructura del funcionamiento del estado, con un estado de derecho que existe en el papel pero no es percibido como existiendo en la vida diaria.

A lo largo de los diversos estudios anuales se han ido mostrando distintos aspectos que influyen en la manera como interactúan los ciudadanos en cada sociedad que nos permiten comprender porque no hay mayores avances. Por ejemplo, no se han desmantelado los pendientes en las sociedades, sobre todo los de mayor importancia para los ciudadanos, como son las desigualdades políticas y sociales, no sólo las económicas.

Con respecto a los medios, esta investigación expuso que, al mismo tiempo, la televisión pierde confianza, indicando el rol conflictivo que están jugando los medios de comunicación en la consolidación de la democracia. Los medios influyen de manera significativa en la forma como los ciudadanos perciben lo que

no pueden hacerlo de manera directa, es decir, la población vive gran parte de su experiencia democrática a partir de los medios, y aunque una parte de su opinión acerca de temas como corrupción, abuso de los privilegios, desempleo y violencia puede provenir de su experiencia propia, gran parte de su percepción proviene de los medios masivos, particularmente de la televisión, por lo que se debe considerar la influencia que ésta tiene en la actitud hacia la democracia. El estudio concluye que “si fuera necesario que una sociedad tuviera que esperar a que todos experimenten la democracia en carne propia para verla consolidada podemos estar hablando de una generación o más. Por otra parte, si es posible mostrar las bondades mas abstractas de la democracia de manera válida para la población, es posible avanzar mas rápido ya que la democracia experiencial es dura de destruir pero a la vez es muy dura de construir (Latinobarómetro, 2005, p. 79)”.

Tanto hincapié en los resultados arrojados en este estudio es porque, siendo francos, esperamos sean similares a los que se pueden encontrar con la herramienta que a continuación propondremos. Esto es lógico, ya que de no ser así, seguramente la nuestra estaría mal “calibrada”. Pero la razón principal es para invitar a quienes la utilicen a ir más allá de lo ya expuesto por los autores originales, es decir, no invertir en la aplicación de un estudio para encontrar y quedarse con resultados e interpretaciones que ya han sido presentadas por alguien más (en este caso Latinobarómetro en su estudio), sino profundizar en esa información muy puntual y específica que no podemos identificar en estudios tan masivos. Dicho de otra manera, para poder encontrar información relevante y útil con la herramienta que proponemos, es importante que el usuario conozca de

antemano lo que ya se ha encontrado con la aplicación de similares, para que a partir de ello, busque lo que no se ha encontrado.

El objetivo de estos resultados, así como esperamos sea el de los nuestros, es que ayuden a entender los procesos de evolución que la región ha vivido desde el punto de vista de la opinión pública y que sean útiles para la toma de decisiones futuras.

Informe de Resultados del Estudio de la Participación Ciudadana en las Elecciones Federales de 2003 (IFE, 2003)

El Instituto Federal Electoral, desde su posición de organismo autónomo, ha sido el principal responsable de salvaguardar los procesos electorales en México durante los últimos años. Aunque diversos estudiosos han cuestionado su accionar, también es cierto que ha venido a fungir como un mediador más o menos independiente entre la ciudadanía y los partidos políticos, y que sus principales deficiencias han sido el no hacer respetar su palabra, así como enfocar sus campañas principalmente a fomentar el trámite de la credencial de elector y la participación electoral, con poca intención de fortalecer estratégicamente la cultura política de la ciudadanía. Para nuestra sorpresa, existen algunos proyectos destinados a este propósito, como lo es el “Programa Estratégico de Educación Cívica 2005-2010”, el cual tiene como objetivo “mantener actualizada la visión y los planteamientos del Instituto en materia de educación cívica, así como generar conocimiento sobre las prácticas y los procesos de formación cívica que se desarrollan en nuestro país y en otras partes del mundo, para fortalecer la labor

cívico-educativa del IFE y de otros actores (2005)". Este programa, el cual incluye una revisión teórico bastante respetable, establece cinco objetivos, cada uno con dos líneas de acción, los cuales, de llevarse a cabo, realmente reflejarían un crecimiento en cuanto a cultura política se refiere:

1. Socializar los límites y alcances de la democracia.
 - a. Preparar a niños y jóvenes para el ejercicio de su ciudadanía.
 - b. Promover el debate público acerca de la democracia y la ciudadanía.
2. Generar conciencia, confianza y participación ciudadana.
 - a. Impulsar la cultura democrática y los derechos de ciudadanía.
 - b. Educar para la participación en la vida pública y el ejercicio de la ciudadanía.
3. Contribuir al fortalecimiento de la integración social y a la democratización de las relaciones entre el estado y la sociedad.
 - a. Fortalecer el tejido social.
 - b. Promover mecanismos que favorezcan la relación entre el Estado y la sociedad.
4. Llevar a cabo investigación aplicada sobre cultura política y calidad de la ciudadanía.
 - a. Generar investigación sobre el estado que guarda la ciudadanía y sobre las percepciones de la calidad de la democracia.
 - b. Investigar sistemas, prácticas y procesos de formación cívica.
5. Consolidar al IFE como una institución formadora de ciudadanía.
 - a. Instrumentar políticas internas para fortalecer la capacidad cívico-educativa del IFE.

- b. Instrumentar estrategias para fortalecer la imagen del IFE ante la sociedad mexicana.

Consideramos importante mencionar este programa, ya que queremos constatar que, a diferencia de lo que la mayoría creería, el Instituto Federal Electoral cuenta con algunas propuestas sumamente interesantes, aunque, lamentablemente, estas líneas de acción no cuentan con actividades bien definidas que hayan sido aplicadas a razón de este programa, al menos eso ha sido lo que han demostrado los comicios celebrados desde la aparición del programa a la fecha. Este modelo que nosotros proponemos podría ser útil para evaluar la realidad de la cultura política actual y compararla con los resultados dentro de 3 años, que finalice la aplicación del programa.

Por otro lado, el análisis de datos presentado en el “Informe de Resultados del Estudio de la Participación Ciudadana en las Elecciones Federales de 2003”, otorgó resultados que van muy acorde con lo que nos dice la teoría hasta ahora revisada.

Este estudio nace gracias al acuerdo aprobado el 21 de octubre de 2003, en el que el Consejo General del Instituto Federal Electoral determinó que, antes de la destrucción de los paquetes electorales de los comicios federales ordenada por la ley, se deberían seleccionar y reservar 33 muestras probabilísticas (32 muestras estatales y 1 muestra nacional) de paquetes electorales para su resguardo y posterior recopilación y sistematización de datos relevantes.

El objetivo general fue la realización de un análisis descriptivo y comparativo – en los ámbitos nacional y por entidad federativa- de la participación electoral

ciudadana en los comicios federales de 2003. En particular, el objeto del análisis se enfocaba al perfil de los ciudadanos que sufragaron y de los que no lo hicieron en dichas elecciones federales, a través de características tales como sexo, edad y tipo de sección electoral (urbana o no urbana). También se indagó respecto de posibles diferenciales en la participación electoral asociados a dichas variables.

Como suele suceder en ámbitos de conocimiento complejos, la participación ciudadana a través del ejercicio del sufragio constituye un campo de estudio en donde no se han podido elaborar modelos explicativos integrales y dinámicos, válidos en distintos segmentos del tiempo y del espacio. Obviamente, por lo tanto, no se cuenta con teorías más o menos generales aplicables a algún subconjunto de sociedades. Los avances en este campo se han enmarcado en estudios fundamentalmente empíricos, con o sin marcos conceptuales explícitos, en donde se vinculan algunas variables presumiblemente explicativas -por lo general medibles; y de carácter fundamentalmente socioeconómico y demográfico-, con la participación electoral a través del sufragio o, su contraparte, el abstencionismo.

En este contexto de investigación y análisis, se tienen tres variables o aspectos de interés que suelen estar presentes en la mayoría de los estudios en los cuales se puede obtener la información pertinente: el sexo, la edad, y el lugar de residencia (urbano o no urbano) de los ciudadanos. Un examen de los resultados, conclusiones, e incluso expectativas y previsiones, de la literatura en el ámbito nacional e internacional de los últimos diez a quince años sobre participación electoral, podría sintetizarse respecto a estas tres variables de la siguiente forma:

- Por lo general los hombres han votado y votan más que las mujeres, observándose una “brecha” o diferencial significativo entre los niveles de participación masculina y femenina. No obstante, resultados de investigaciones más recientes han dejado de manifiesto mayor participación de las mujeres, en contrapartida a una disminución del voto del electorado masculino.
- Los jóvenes asisten menos a las urnas que la población de mayor edad.
- Los ciudadanos que residen en regiones no urbanas votan menos, en términos relativos, que la población que vive en ciudades y grandes metrópolis; de hecho, para el caso de México, algunos estudios han propuesto una correlación positiva y significativa entre el electorado que reside en regiones rurales y bajas tasas de participación de esa población.

Teniendo como base explicativa estas teorías, los resultados arrojados por el análisis de datos son los siguientes:

A diferencia de lo expuesto en el primer punto, el presente estudio demostró que, cuando se considera a México en conjunto, se observa que las mujeres votaron en esta elección en particular en una proporción cercana al 43%, es decir, del 100% de mujeres registradas en el padrón electoral, el 43% asistió a las urnas, mientras que los hombres participaron un poco menos, aproximadamente en un 39%, es decir, que del 100% de hombres registrados en el padrón electoral, sólo el 39% votó.

Con respecto a lo que la teoría explica acerca de la condición voto – edad el estudio arrojó lo siguiente: En el primer grupo de edad (18 años) se encuentran las personas que no sólo tuvieron oportunidad de votar por primera vez, sino que se trata del segmento de individuos que han adquirido la ciudadanía recientemente; la propensión a participar en este grupo de jóvenes, ejerciendo su derecho al voto, parece ubicarse levemente por encima del promedio nacional, aproximadamente en 44%. A partir de allí el nivel de participación por edades comienza a descender, alcanzando su nivel más bajo en los grupos 20-24 y 25-29, donde apenas 1 de cada 3 ciudadanos habría votado. En los grupos de edades que van de los 19 hasta los 34 años es donde se concentran los niveles de participación más bajos. Y aunque este segmento de edades no es demasiado extenso, esta reducida participación tiene un impacto fundamental en la baja participación a nivel total, puesto que concentra poco menos de la mitad (45%) de la población con derecho al voto.

El nivel de participación del grupo de edades 35-39 (41%) se ubica justamente en el nivel medio nacional. A partir de allí, los niveles de participación se incrementan continuamente, hasta alcanzar su cúspide en el grupo 60-64, donde se llega a cerca de 55%, un tercio superior al promedio nacional.

Si en este análisis se considera también la variable género, encontramos que la participación en las mujeres es siempre superior a la de los hombres desde los 18 años hasta el grupo 45-49; en el grupo de edades 50-54 el porcentaje de hombres y el de mujeres que votaron es más o menos el mismo; y a partir del grupo 55-59 se invierte la situación, y los hombres participan más que las mujeres. Independientemente de las diferencias del nivel de participación por grupos de

edades entre hombres y mujeres, el patrón de comportamiento por edades es totalmente análogo entre ambos sexos.

Finalmente, en el conjunto nacional, el nivel de participación promedio (41%) no parece tener una diferencia según la condición Urbano y No urbano. Este equilibrio, sin embargo, no constituye un patrón por entidad federativa.

Estos resultados concuerdan con lo expuesto en las diversas teorías presentadas a lo largo de esta tesis, lo que nos permite tener una idea más o menos general de lo que podemos encontrar a primera vista en la aplicación de la herramienta del modelo que nosotros proponemos, así como algunas explicaciones. Por otro lado es importante considerar que este estudio arroja resultados bastante confiables ya que utiliza datos fácilmente mesurables, como son edad, género y si votó o no.

Estudio Institucional sobre el proceso electoral 2006: Participación electoral y Cultura Política de los Mexicanos (UAM, 2006)

En el boletín número 179, publicado el 29 de Junio de 2006, por parte de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), se dio a conocer que esta casa de estudios realizaría cuatro días después, durante las elecciones presidenciales de ese año, una “investigación pionera en materia de participación electoral (UAM, 2006)” la cual incluiría encuestas y sondeo. En palabras de su rector general, el doctor José Lema Labadie, “las encuestas de salida y de cultura política y el conteo rápido que levantará la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) el próximo domingo, durante los comicios federales, constituirán un proyecto

novedoso que permitirá establecer una evaluación cualitativa del proceso político (2006)".

Además, en esa misma conferencia de prensa, se dio a conocer que para ese mismo día (2 de julio) se darían a conocer los resultados de la encuesta de salida (después de las 20:00 horas) y del conteo rápido (después de las 22:00 horas), información la cual estaría disponible en la página electrónica encuesta.uam.mx, así como también la Institución contaría con el correo electrónico info@encuesta.uam.mx al que se podrían solicitar los resultados y hacer aclaraciones. Los resultados de la encuesta sobre cultura política se harían públicos posteriormente, una vez que los profesores investigadores de la UAM realizaran el análisis de los datos obtenidos.

Estas encuestas de salida y de cultura política, así como el conteo rápido, formaron parte del estudio Institucional "Participación Electoral y Cultura Política de los Mexicanos", proyecto que esta universidad dio a conocer esa misma semana y que estuvo a cargo de académicos del Grupo de Análisis de Procesos Político-Electorales y Cultura Política.

El objetivo principal del estudio fue "proporcionar información valiosa para entender por qué se emite un voto en una dirección o en otra, lo cual representa tanto para la Institución como para organismos civiles y políticos del país una importante fuente para entender la mentalidad y las razones que guían la conducta de los ciudadanos mexicanos ante procesos de esta índole (2006)". Labadie agregó que "la intención es identificar, por primera vez en el país, los factores que influyen en la decisión del electorado". Roberto Gutiérrez López, director de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la unidad Azcapotzalco y

profesor de la maestría y doctorado en Procesos Políticos, explica la importancia de este tipo de estudios diciendo que para las instituciones de educación superior y para entender los procesos políticos en el país se requiere no sólo conocer quién y en qué proporción ganó una contienda electoral, sino "entender la lógica y la causalidad del voto, cuáles son las valoraciones que explican el sufragio" (Martínez, 2006).

El diseño de la investigación constó de tres dimensiones: una encuesta de salida que se aplicaría a una muestra de 10 mil ciudadanos y permitiría ubicar en un primer momento algunas de las tendencias que se expresarían durante las elecciones, pero también establecer algún tipo de correlación entre el sentido del voto y variables demográficas. La segunda se centrará en el conteo rápido que se llevaría a cabo en un universo de 400 casillas y que operaría sobre resultados reportados oficialmente en cada una de éstas. De manera complementaria, la Universidad aplicaría a un sub universo particular de los ciudadanos, alrededor de 2, 400, un cuestionario sobre cultura política para "entender cuál es la lógica que está detrás de la emisión del sufragio, cuál es la causa del sentido del voto, cuáles son las valoraciones, percepciones y expectativas que tienen los ciudadanos".

Como podemos ver, este proyecto fue de los pocos que hayamos enfocados en realizar un estudio sobre cultura política que fueran realizados por alguna institución en México. Lamentablemente, le adjudicaron la etiqueta de "cultura política", cuando realmente se concentró en las razones de voto. Pero peor aún, los resultados nunca se dieron a conocer ni fueron publicados. La página encuesta.uam.mx no existe y no obtuvimos respuesta en el correo electrónico info@encuesta.uam.mx. Las razones pueden ser encontradas en el conflicto

electoral que venía sufriendo el país desde las campañas electorales, así como lo controversial de los resultados. Hubiera sido muy interesante y útil para nosotros el saber que “encontró” esta casa de estudios en cuanto a cultura política se refiere, aunque también entendemos que tendrán razones para no dar a conocer los resultados de este ejercicio, el cual describió el rector como “el primero que realiza una Institución de Educación Superior” y que se convertiría en “pionero en materia de sondeos de participación electoral”.